

PREHISTORIA DE MADRID ⁽¹⁾

Tal vez no haya región en el mundo con un yacimiento paleolítico tan rico como el que existe en los alrededores de Madrid, pues comprende desde la Casa de Campo hasta la desembocadura del río Manzanares.

Los estudios prehistóricos han destruido las conjeturas de los historiadores madrileños que creían que esta Villa había sido fundada por personajes fabulosos. El yacimiento de San Isidro, descubierto en 1862 por D. Casiano de Prado, y a partir de 1911, en que D. Alejandro Guinea descubrió el de las Carolinas, toda una serie de hallazgos han comprobado que los alrededores de Madrid fueron habitados de manera densa y continua desde las primeras etapas de la humanidad.

En aquel tiempo, esto es, en el Cuaternario, el clima era cálido y húmedo; grandes y frondosos bosques cubrían las hoy desnudas márgenes del río Manzanares, y éste tenía un caudal copioso y corría a más alto nivel. A él iban a beber grandes elefantes de cinco metros de altura (*Elephas antiquus*), ciervos gigantes, toros y caballos salvajes, cuyos huesos aparecen ahora fosilizados a varios metros de profundidad.

El hombre paleolítico, cazador y recolector, vino a las orillas del Manzanares porque reunían condiciones ideales para su vida, pues no sólo tenía agua, caza abundante y frutos de la selva a su disposición, sino que los guijarros del río, y especialmente los yacimientos de pedernal de los cerros próximos, le brindaban la materia prima de su industria. Aunque nómada, como los pueblos primitivos de idéntico grado de cultura, puede decirse que se estableció de manera permanente durante todo el Paleolítico antiguo; sus «poblados» habrán consistido en toscas chozas de ramaje, delante de las cuales encenderían el fuego. Las posteriores avenidas del río destruyeron estas primitivas viviendas; pero en toda obra de desmonte que se realice a uno y otro lado de la carretera de Andalucía salen en número asombroso hachas, puntas, raederas y toda clase de armas y utensilios de piedra tallada, que permiten el estudio del desarrollo industrial en los primeros tiempos de la Edad de la Piedra tallada.

La industria más antigua, o sea el cheulense, está formada por hachas de mano, acompañada de instrumentos pequeños. Las primeras, que eran empuñadas directamente y que servían para excavar las trampas con las que cazaban los grandes mamíferos, para desollar éstos, raer las pieles, trabajar la madera, etc., son de forma amigdaloides y están talladas toscamente. La pátina intensa denota su gran antigüedad. En general todas se adaptan bien a la mano y son iguales a las de tantos yacimientos de Europa.

Mucho mejor trabajadas son las hachas del acheulense (segunda fase del Paleolítico antiguo). Son menos gruesas, los bordes son rectilíneos, la talla y el retoque finos y la pátina poco intensa.

Entre dos niveles arqueológicos acheulenses se descubrió por los Sres. Barradas y Wernert, en el yacimiento de El Sotillo, con todas las garantías posibles, una industria desconcertante, formada por puntas premusterienses, raederas de talla acheulense y retoque musteriense, raspadores y un 30 por 100 de hojas, cuatro de las cuales tienen dorso rebajado; todo lo cual habla en favor de una invasión de pueblos africanos procedentes de un centro de civilización paleolítico más adelantado que los sincrónicos europeos, del que posteriormente se originaría el Capsiense (Paleolítico superior). Los señores citados han denominado precapsiense esta industria anómala, que había sido hallada en condiciones análogas en los yacimientos franceses de Montières y Le Moustier.

Los yacimientos musterienses (la tercera etapa del Paleolítico antiguo) son extraordinariamente abundantes en los alrededores de Madrid. Bastará echar una ojeada sobre el mapa que se acompaña. La indus-

(1) Datos suministrados por el Sr. Pérez de Barradas.

PREHISTORIA DE MADRID

tria numerosísima (que acredita un importante núcleo poblado durante un largo período de tiempo) de unos cincuenta yacimientos nos ha permitido señalar tres *facies* del musteriense correspondientes a tres pueblos distintos, y seguir su desarrollo de conformidad con los estudios hechos en Francia por D. Peyrony, y en Argelia y Túnez por M. Reygasse. Son las siguientes: musteriense de tradición acheulense, que corresponde a los pueblos indígenas; musteriense de tipos pequeños, de pueblos de origen nórdico, y musteriense iberomauritánico, de origen africano.

El primero se caracteriza por las abundantes hachas de mano de tipos toscos o triangulares y cordiformes, por las lascas grandes, puntas alargadas y cuchillos u hojas con dorso curvo retocado. Los tipos netamente musterienses guardan una proporción pequeña en relación con los de tradición acheulense. De esta *facies* se conocen sus etapas inferior, media y final, ya lindando con el Paleolítico superior (auriñaciense).

El musteriense de tipos pequeños, o sea el musteriense clásico, ofrece puntas y raederas con retoques escaleriformes finísimos. Toda la industria es de pequeñas dimensiones, incluso algunas contadas hachas de mano. La *facies* que nos ocupa llegó a Madrid en el musteriense medio; pero persistió en la etapa superior a pesar de la llegada de nuevas industrias africanas (sbaikiense y ateriense).

Los conjuntos del musteriense iberomauritánico causan asombro a los especializados en tipología paleolítica, por el carácter evolucionado de los conjuntos. Las hachas de mano, bien de tipos acheulenses o netamente musterienses, son menos frecuentes que las puntas tenuifoliadas; esto es, que piezas foliáceas finamente talladas por ambas caras, absolutamente idénticas a las halladas por M. Reygasse en S'baikia (Túnez) y aparecidas en otros lugares del Norte de Africa (Egipto, Túnez y Argelia). El Sotillo es hasta ahora el único yacimiento musteriense del mundo que ofrezca tantos y tan variados tipos de buriles, muchos de los cuales son propios del Paleolítico superior. Lo mismo ocurre con los raspadores en relación con las raederas, pues aquéllos son desconcertantes por ser de tipos idénticos a los del auriñaciense superior. Idéntico adelanto y predominio de buriles y raspadores sobre los tipos clásicos del musteriense, punta y raedera, se observa en una nueva industria descubierta por M. Reygasse en Bir El Ater (Argelia), y que ha recibido el nombre de ateriense. En Madrid, aunque falta la punta pedunculada típica de esta nueva civilización paleolítica, no nos cabe duda, después de haber estudiado con el Profesor H. Obermaier lotes de Bir El Ater y de Oued Djebbana, de que ha habido una infiltración de pueblos aterienses que produjeron un súbito florecimiento de la civilización madrileña, que en aquellos lejanos tiempos era la más adelantada de Europa.

Después del musteriense, el valle del Manzanares dejó de estar tan densamente poblado. Bien es verdad que entonces se inició el cambio de clima que había de coronar de glaciares la vecina Sierra de Guadarrama. El río había alcanzado su nivel actual, el clima era seco y templado, y habían desaparecido todos aquellos gigantes animales, y manadas de caballos salvajes y ciervos poblaban las llanuras herbosas madrileñas. Los únicos vestigios del Paleolítico superior son los hallados en El Portazgo y en el Atajillo, que indican una ocupación transitoria. Pertenecen al auriñaciense.

Cuando se recrudeció el frío y hacía en la meseta un clima análogo al actual de Polonia, Madrid estaría deshabitado, pues hasta la fecha no se han encontrado restos del solutrense y magdaleniense, ni del capsiense superior y final.

Nada sabemos tampoco de la Prehistoria madrileña hasta el Neolítico final (Edad de la Piedra pulimentada) y el Eneolítico (Edad del Cobre), en el que florece nuevamente la cultura.

Al primero, esto es, a la llamada *cultura de las cuevas o de la cerámica de cordones*, corresponden una serie de fondos de cabañas y de sepulturas. Aquéllos aparecen como excavaciones trapezoidales rellenas de cenizas, huesos de animales salvajes y domésticos, sílex trabajados, hachas pulimentadas y cerámica decorada con cordones de barro en relieve y con huellas digitales. Las sepulturas son simples fosas abiertas en el suelo.

Mayor progreso se observa en los yacimientos del Eneolítico pleno, correspondientes a la *cultura del vaso campaniforme*. La cerámica está decorada con rayas incisas rellenas de pasta blanca (*cerámica del estilo de Ciempozuelos*), y en algunos casos (Carolinas y Colonia del Conde de Vellellano) muestran en su interior soles y ciervos, grabados muy esquemáticos.

En ese tiempo, o algo después, llegaron a Madrid pueblos procedentes del Levante de España con la llamada *cultura de Almería*, que probablemente persistió durante los comienzos de la Edad del Bronce.

PREHISTORIA DE MADRID

Así se deduce de una serie de lugares en los que aparecen puntas de flecha de sílex con aletas y pedúnculo y vasos lisos y de superficie pulimentada, de panza ovoide y bordes rectos o ligeramente oblicuos, y cuencos muy abiertos. Todas estas cuestiones no están suficientemente aclaradas, en espera de futuras excavaciones.

Otro de los problemas de la Prehistoria madrileña abiertos recientemente a la investigación es el referente a la Edad del Hierro. Se conocen hallazgos aislados, como el vaso de la cañada de San Marcos y los hechos en la fortificación de la Gavia, de cerámica negra con adornos hechos por estampillas; pero falta por ahora una excavación seria que aclare la cuestión de manera satisfactoria.

Por el momento sólo podemos decir que es casi seguro que en la segunda Edad del Hierro vivió en Madrid un pueblo emparentado con el de las Cogotas (Ávila), ligeramente iberizado. La cerámica pintada ibérica muestra círculos concéntricos, como la andaluza.



Cerámica eneolítica de los yacimientos del valle del Manzanares



Cabeza de mármol del siglo IV, encontrada en la villa superior romana de Villaverde Bajo

«Terra sigillata» del siglo III-IV, de la villa inferior romana de Villaverde Bajo